

DISCURSO

QUE PARA SOLEMNIZAR LA INAUGURACION DE LA ESTATUA

de

FR. LUIS DE LEON

leyó en contestacion al del

DR. D. FERMIN HERNANDEZ IGLESIAS

el

DR. D. MODESTO FALCON

EN EL ACTO PÚBLICO

celebrado por el

CLAUSTRO UNIVERSITARIO DE SALAMANCA.

27 de Abril de 1869.

SALAMANCA:
IMPRENTA DE OLIVA Y HERMANO.
1869.

EXCMO. É ILMO. SEÑOR:

En la historia de esta nobilísima Escuela, tan rica de nombres ilustres, siempre ha sonado el de Fr. Luis de Leon como una de sus glorias mas legítimas. La tradicion nos le ha trasmitido rodeado de una aureola brillante; y ese nombre, que tiene la virtud de despertar en todo pecho español los mas vivos sentimientos de simpatía, suena todavia con mas dulzura en los oidos salmantinos, porque nos recuerda los dias mas venturosos de esta en otro tiempo floreciente poblacion.

Fr. Luis de Leon pertenece á aquella familia de eminentes maestros, que eran el orgullo de la patria y la admiracion de los estraños. Discípulo de Soto, de Lebrija y de Cano, amigo de Montano, de Chacon, de Grajal, de Martinez y Sancho, compañero de Cerralvo, de Ciguelo, de Herrera y de Gallo, supo mas que otro alguno mantener muy alto con su elocuencia la Escuela salmantina. Fr. Luis de Leon, además, vivió en aquella época de febril actividad, en que la Universidad de Salamanca brillaba como estrella refulgente en el cielo de la ciencia, alumbrando con sus vivos resplandores la conciencia de los pueblos.

Por eso la Ilustre Escuela, mirando en Fr. Luis de Leon á uno de sus hijos predilectos, lloró con él sus desventuras y con él celebró estasiada sus triunfos y sus victorias.

El tiempo, con su mano destructora, ha podido convertir en una ruina venerable á la que en otros tiempos fué robusto

alcázar de la ciencia; pero no ha logrado borrar de la memoria de la Academia el nombre, siempre querido, del venerable agustino. Saborear el placer de los recuerdos es el consuelo de los ancianos. Séala permitido á la antigua fundacion de Alfonso IX la legítima satisfaccion de ese goce. Puesta en la pendiente que mira al Ocaso de la vida, natural es, que al oír pronunciar en su oído un nombre querido, vuelva sus ojos atras y salude alborozada ese pasado glorioso que tan vivos recuerdos dejó en su memoria.

Esto explica porqué la Universidad de Salamanca ha mirado como propia la ovacion en estos dias tributada á Fray Luis de Leon. Ese nombre simboliza uno de los periodos mas brillantes de la vida universitaria; y á su contacto la noble Escuela ha sentido estremecerse en lo mas profundo de sus entrañas, y que sus glorias todas se refrescaban y reverdecian. Porque no cabe dudarle, en la apoteosis de Fray Luis de Leon, la Nacion entera, tanto como al Maestro ha enaltecido á la Academia que le abrigó en su seno.

No es posible desconocer la significacion que bajo este concepto tiene el Monumento que acabamos de inaugurar. El cuadro animado que en el sentido espuesto ha trazado mi querido amigo D. Fermin Hernandez Iglesias, ni observacion ni comentario necesitan. Tocar á ese bello cuadro, seria esponerse á empañar su brillo; y yo no lo intentaré siquiera. Me propongo únicamente, para cumplir en la manera que me sea posible con mi deber, añadir algunas consideraciones, pobres como mias, sobre el carácter y doctrinas filosóficas de Fr. Luis de Leon.

Una melancolía dulce, tranquila y resignada constituia el fondo del carácter del ilustre Agustino. Todos sus escritos estan saturados de ese baño de suave tristeza, menos intensa y sentimental que la de Lamartine, pero no menos tierna y conmovedora. Pero aquella melancolía, habitual en el Maestro, no era la consecuencia del hastío que en el alma produce el cansancio de la vida. Quédese fenómeno semejante para el infeliz materialista, que en la primavera todavia de la vida ha agotado ya su sensibilidad en el desorden de los placeres; ó para el mas infeliz escéptico, cuyos ojos, abrumados con el peso de la duda, nada aciertan á distin-

guir mas allá de la tumba. Fr. Luis era un creyente firmísimo: Fr. Luis vestía el hábito religioso desde la edad de los catorce años. Ni la incredulidad ni los placeres podían, pues, haber enerbado la actividad de aquella alma entusiasta.

Su melancolía era de una especie muy diversa. Era una melancolía religiosa: esa inspiración sublime de las almas grandes por un mas allá de la tumba, que sintiendo estrecha la clausura de la vida, caen en el fondo de una meditación sombría y misteriosa. El mismo Luis de Leon nos da cuenta de esa tristeza en la introducción de su profundo tratado de los *Nombres de Cristo*. Bajo la figura de Marcelo, en un hermoso día de primavera, á las orillas del Tórmes y á la sombra de los árboles de su amado huerto (1), Fr. Luis supone ser interpelado por un religioso de su misma Orden, que para sacar al Maestro de su profundo abatimiento le dice: «algunos hay á quienes la vista del campo los enmudece: yo como los pájaros, en viendo lo verde, deseo cantar ó hablar.» Y Fr. Luis, sensible á la alusión, le contesta: «bien entiendo porqué lo decís: es cualidad de edad y humores diferentes que nos predominan y se despiertan con esta vista, en vos de sangre y en mí de melancolía.»

Era, pues, la tristeza en el cantor de la Vida del campo una inclinación natural de su espíritu, ó tal vez un resabio de su organismo (2), ó quizás las dos cosas reunidas. La Providencia le había dotado de una alma creyente, de artista y de poeta, en la que todas las emociones estaban vivificadas y dominadas por la fé, formando un armonioso conjunto (3). Su melancolía era hija de su génio reflexivo y pensador. En la oscuridad de las prisiones soñaba con la luz, las armonías de la creación y la belleza de los cielos; y cuando ya en presencia de la naturaleza sentía su corazón conmovido con el espectáculo de tanta magnificencia, su pensamiento inquieto pugnaba por rasgar el velo que ocultaba á sus ojos la eternidad. Hijos por tanto sus escritos de la fé religiosa que por entero llenaba su espíritu, llevan impreso todos ese

(1) La posesión llamada de la Flecha, á 5 kilómetros de Salamanca.

(2) Fr. Luis padecía de opresiones al corazón. Desde la cárcel encargaba que se pidiese á Doña Ana de Espinosa, religiosa de Madrigal, los polvos que solía mandarle para alivio de su dolencia.

(3) Místicos españoles por Paul de Roseleau, pág. 286.

sello de dulce y resignada tristeza, propio de quien teniendo siempre fija su vista en el cielo, si mira á la tierra, es solo para demandarla el secreto de su creacion y sus destinos.

Y sin embargo de esa profunda melancolía, que como un sudario envolvía al espíritu de Fr. Luis de Leon, habia en el fondo de aquel espíritu una energía indomable, que yaciendo de ordinario cual fuego latente, reventaba en momentos dados con la fuerza de una esplosion; lo cual constituía otro de los rasgos distintivos de su carácter.

En las disputas escolásticas que su profesion le obligaba á sostener, Fr. Luis gustaba de la lucha y se apasionaba con ella. Pero si su talento superior sabia conseguir el triunfo, con frecuencia compraba la victoria al precio de una enemistad.

En ninguna parte, sin embargo, como en la defensa de su causa dejó descubrir Fr. Luis de Leon la energía de su alma. Ardiendo en deseos de descubrir el rostro á sus encubiertos detractores, habia pedido al Tribunal, tan pronto como el proceso llegó á plenario, que se le comunicaran las deposiciones de los testigos del sumario; y aunque el Tribunal, segun la manera de enjuiciar del Santo Oficio, tuvo cuidado de ocultar al preso los nombres y circunstancias de los testigos de cargo, su sagacidad los descubrió uno por uno, sin equivocarse una sola vez ni vacilar. Es de admirar en aquel notable proceso la firmeza con que Fr. Luis de Leon sostiene, ante el Tribunal mas terrible de la Nacion, las opiniones mismas por las que habia sido acusado como sospechoso, y la valentía con que desenmascarando á sus enemigos, les acusa á su vez de calumniadores y los califica de ignorantes, retando á todos, testigos, calificadores y delatores, á que comparezcan en un acto público á sostener contra él solo los juicios que de sus doctrinas habian formulado (1). Aun mas todavia, no temió encararse con sus mismos jueces, y haciéndoles severos cargos porque despues de probada plenamente su inocencia «perseveraban en tenerle preso como si fuera un herege (2),» les requiere en nombre de

(1) Extracto del proceso publicado por Rivadeneira, fól. 114, plana 2.^a

(2) Id. id. plana 1.^a

Dios y de la justicia á que pongan fin á su prision, restituyéndole á la posesion de su buena fama. ¡Ejemplo raro de valor, poco frecuente en los fastos de la Inquisicion, que demostrando el enérgico carácter de Fr. Luis, revela al mismo tiempo la firme conviccion que de su inocencia le asistia y la confianza que le inspiraba su propio talento!

Era Luis de Leon un profesor muy superior á su siglo; y su misma superioridad le suscitó la enemistad en los unos, la suspicacia en los otros, la envidia y la emulacion en todos. Pertenecia á una escuela de literatos lingüistas, nueva en España, que el vulgo de los maestros desconocia, que por desconocerla calificaba de novedad peligrosa, y cuyos adeptos, pocos en número, estudiaban el sentido de las Antiguas Escrituras en sus mismos testos originales, espli-cándolas con cierto criterio independiente, aunque subordinado al criterio oficial de la Iglesia. Pertenecian á esta escuela el famoso Lebrijas, y los no menos famosos Fernan Nuñez de Guzman, llamado el Pinciano, Arias Montano, Juan de Lara, Francisco Sanchez y otros. Habia nacido esa escuela en Italia, por consecuencia del Renacimiento, que arrastró á todas las inteligencias al estudio de las letras antiguas: la habian ilustrado en Italia Mavile, Pic y otros; y habia sido trasplantada á España por el gran cardenal Cisneros, que al fundar la Universidad de Alcalá, creyó prestar un servicio á su pais estableciendo los estudios de las lenguas y literatura orientales, en unos tiempos en que la frecuente publicacion de Biblias y los ataques de la Reforma, hacian necesarios profundos y sérios conocimientos en los Testos Sagrados. Fr. Luis se distinguió en estos estudios, hasta el punto de ser una eminencia incontrastable.

Pero con las mismas pretensiones existia en esta Universidad otro profesor, que no podia perdonar á Fr. Luis la superioridad de sus conocimientos en la materia. Ese profesor era Leon de Castro, de quien decia Montano: «que por sí ó por interpuesta persona (1) habia hecho prender á los que en estos Reinos acompañan la teología con letras griegas ó hebreas.» En cuantas ocasiones hubo que tratar

(1) Biografía por Mayans y Siscar.

en la Universidad cuestiones relativas á Testos Bíblicos, Luis de Leon y Leon de Castro chocaron en la Academia, saliendo á veces enojados y enemigos de sus disputas. Pero especialmente riñeron crudas batallas hácia el año 1567, en que el Consejo general de la Inquisicion sometió á la censura de esta Escuela la biblia que Vatablo habia publicado. Reunióse la Facultad de teología en la Capilla del edificio, que hoy es Oficinas de la Universidad, y entonces llevaba el nombre de Hospital del Estudio, bajo la presidencia del Dr. M. Sancho. Leon de Castro, como el vulgo de los maestros de aquel tiempo, no admitia mas criterio para juzgar á Vatablo que la edicion auténtica de la Vulgata: en lo que no estuviera conforme con este libro, desechaba y condenaba á Vatablo. Fr. Luis, mas ilustrado, mas independiente, y sin duda alguna mas libre en sus opiniones, repugnaba la estrechez de aquel criterio, y sostenia contra Leon de Castro, que aunque oficial la Vulgata, no era la version mas exacta de las Escrituras Antiguas, y podia hacerse otra mejor y mas completa: *melius. proprius. clarius. significantius vertisset.*

Esta opinion, por su novedad, escandalizó los delicados oidos de algunos Doctores; y Fr. Luis de Leon, con aquel carácter resuelto que le distinguia, condensó en ocho proposiciones sus ideas, y públicamente las sostuvo contra todo el que quiso argumentarle, en un acto académico que al efecto provocó. Los maestros quedaron al parecer convencidos, y le encomendaron la censura de Vatablo.

Cinco años despues, y cuando el asunto de la biblia de Vatablo parecia completamente olvidado, aquellas proposiciones *públicamente* sustentadas, sirvieron de fundamento para una delacion *secreta* al Santo Oficio, robustecidas con unos cuantos chismes de estudiantes, y ampliadas con varias intencionadas calumnias. Dos hombres, ambos profesores de esta Escuela y compañeros ambos de Fr. Luis Leon, levantaron aquella obra de iniquidad: Bartolomé de Medina y Leon de Castro.

Rival eterno de Fr. Luis de Leon, Leon de Castro tenia contra el Agustino motivos especiales de resentimiento. Habia escrito sobre el profeta Isaias un libro que Luis de Leon cen-

suró severamente, desacreditándole y haciendo imposible su venta. Pero de Bartolomé de Medina no se conocen los motivos que le impulsaran á perseguir á Fr. Luis: era jóven, vestia el hábito de los dominicos, y hacia muy poco tiempo que se habia graduado; razon por la que ninguna parte habia tomado en las disputas de Escuela sobre la Biblia de Vatablo.

Medina fué, sin embargo, quien llevó la delacion al Tribunal, y quien escitando y preparando con tiempo á los testigos, urdió toda aquella red en que se pretendió envolver al Maestro. Medina fué un instrumento dócil en las manos de Castro, que mas sagaz ó menos atrevido, nunca tuvo valor bastante para lanzarse en persona á la acusacion.

La delacion surtió su efecto: en el mes de Diciembre de 1571 dióse comision al maestro Sancho, para que como familiar del Santo Oficio, procediese á practicar con prudencia las indagaciones reservadas que en tales casos se acostumbraban. Con vista de ellas el Tribunal de Valladolid envió en Marzo de 1572 al inquisidor Diego Gonzalez con encargo de continuar el sumario comenzado; y por sus resultas se dictó auto de prision contra Fr. Luis el dia 26 de dicho mes.

Luis de Leon presintió su desgracia, y aun hizo esfuerzos supremos por conjurarla. Habíase declarado una epidemia en Salamanca en Enero de 1571 (1), y aprovechando la clausura de los estudios, Luis de Leon se habia trasladado á Belmonte, su pais natal. Sus enemigos, utilizando su ausencia, se concitaron para perderle; y avisado nuestro Agustino, se apresuró á regresar á su convento. Acontecia esto hácia Marzo de 1571, y comenzaba ya Medina las informaciones que llevó despues en persona á Valladolid por el mes de Octubre (2). Luis de Leon no pudo abrigar ya duda alguna sobre la desgracia que le amenazaba; y noticioso del cargo principal que se le hacia, buscó el apoyo de los teólogos mas notables de su tiempo, para defender con su dictámen las opiniones que sobre la Vulgata habia sustentado. Con este objeto consultó sus famosas proposiciones con los pri-

(1) Extracto del proceso, pág. 110.

(2) Id. id. pág. 25.

meros sabios del mundo, mandándolas á Sevilla por medio de Fr. Francisco de Arboleda, á Alcalá por Fr. Pedro de Uceda, á Lobaina por Arias Montano, á Roma por Pedro Chacon y á Granada por el Prior de Agustinos Fr. Hernando de Peralta (1). De todas partes recibió la confirmacion de sus doctrinas; pero todo fué en vano. Acusado de sospechoso á la fé, fué procesado, preso y conducido á las cárceles de Valladolid. Luis de Leon se creyó perdido: su alma se llenó de terror: estremecido de horror ante la idea de ser quemado en la plaza pública, fué su primer acto hacer la mas tiernísima protestacion de fé y dirigirse en seguida á sus jueces implorando su misericordia.

Repuesto, sin embargo, al poco tiempo de su estupor, y alentado por su defensor el Dr. Ortiz de Funes (2), comenzó á tratar su defensa con entereza y valor, concluyendo por confundir á sus enemigos y demostrar la ignorancia de sus calificadores y detractores. Á los que le acusaban de sostener doctrinas nuevas, les demostraba con multitud de textos de S. Gerónimo, S. Hilario y S. Agustin, que sus opiniones eran casi tan antiguas como la Iglesia: de S. Gerónimo, traductor principal de la Vulgata y voto bien calificado sobre la version en griego de los Setenta, citó aquellas palabras, «*ipse in comentariis fatetur significantius et melius potuisse transferi.*» que eran precisamente las mismas que él habia empleado en sus escritos y lecturas. A los que le denunciaban como partidario de doctrinas peligrosas, les probaba con el dictámen de Mario Victorino, Nicolás de Lira, el Burgense, Agustin Steucho, Fr. Andrés de Vega, el cardenal Sadoletto, Diredon, Sixto Senense, Lindano, Tiletano, Mancio, Cano y otros muchos doctores anteriores y posteriores al concilio de Trento, que no habia cosa mas corriente por el mundo ilustrado que sus opiniones sobre la Vulgata. De Melchor Cano citaba el testo que decia: «*nostram editionem ab omni falsitate defendimus, sed non ab omni imperfectione vindicamus.*» Y por fin, á los que le miraban como sospechoso á la fé, les oponia toda una vida inmaculada y pura; y á todos les increpaba su ignorancia y su mala fé.

(1) Extracto del proceso, fólíos 24 y 30.

(2) Se le nombró en 10 de Mayo de 1572.

Lamentóse constantemente Fr. Luis de Leon de que se hubiese dado oídos á sus enemigos, y ni una vez dejó de protestar contra las deposiciones de los estudiantes en materias de ciencia y de fé, tan delicadas como las que habian motivado su proceso. «Si por los disparates, decía, que los discípulos coligen cada día de las doctrinas sanas de sus Maestros, por razon de su poco saber y entender, hacen sus mercedes sospechosos á los Maestros, desde luego pueden prender á cuantos enseñan teología en España.»

A tal extremo, sin embargo, habian llegado las cosas en España, que bastaba una simple delacion para perder al hombre mas virtuoso. Y las delaciones llovian sobre los Tribunales, abrumándoles con su número y su peso. Y los inquisidores, instrumentos ciegos de la política de Felipe II, se escedian en su celo, persiguiendo y procesando por simples sospechas á los hombres mas eminentes del Reino en virtud y santidad. Ni uno solo se escapó á las pesquisas de aquel, que por escarnio sin duda se llamaba á sí mismo Santo Tribunal. Santa Teresa de Jesus, S. Juan de la Cruz, Juan de Avila, Arias Montano, Grajal, Martinez, Fr. Luis de Granada, Fr. Luis de Leon y otros muchos fueron víctimas de aquella suspicacia, que encontraba un enemigo de la religion en toda persona eminente en letras ó en santidad. Felipe II no consiguió aislar á España de la Europa, y establecer un cordon sanitario contra la Reforma, sino á costa del sacrificio estéril de la virtud y de la ciencia.

Los padecimientos y la prision exacerbaron el carácter de Fr. Luis de Leon: de melancólico se convirtió en taciturno y sombrío. Era por inclinacion natural propenso al aislamiento; y la idea triste que hubo de formar de los hombres, al ver las amargas decepciones de los que por amigos habia tenido, le llevaron á arrojarle en brazos del misticismo, puerto de salvacion en aquellos tiempos de todas las almas grandes. Momentos hubo en que, creyendo llegarse aprisa su última hora, pedia á sus jueces como única gracia «que le dejaran el consuelo de morir libre y entre sus frailes (1).»

(1) Extracto del proceso, páginas 114 y 116.

Pero aquel periodo de amargura no fué perdido para las letras. En la prision meditó ó escribió Luis de Leon sus mejores obras: de allí salieron sus mas bellos cantos á la vida del campo, á la soledad, á la vida del cielo, á la Virgen y á Jesucristo: allí se escribieron los *Nombres de Cristo* y los comentarios al *Libro de Job*.

Fr. Luis, como Cervantes, concibió sus mejores pensamientos entre las paredes de una cárcel; y como Milton, Homero, Camoens, el Taso y Galileo, sufrió los rigores de la miseria ó de la persecucion. El infortunio, escuela de todos los grandes génios de la tierra, purificó su alma y desenvolvió las brillantes cualidades de su privilegiado talento. Su celebridad, ya bastante grande cuando ingresó en la prision, se consolidó despues del cautiverio y con motivo de ese mismo cautiverio.

Era conocido Luis de Leon como teólogo eminente y sabio maestro, y desde entonces fué conocido ya como inspirado poeta y profundo pensador. La suerte, mas benigna con él que con el desgraciado Taso ó con el infeliz Cervantes, le deparó plácemes y ovaciones que le compensaron las amarguras sufridas en la prision; y despues de vivir todavia muchos años, considerado entre los hombres, honrado y respetado por los príncipes, bajó al sepulcro entre los brazos de aquellos sus amados religiosos, cuya compañía con tanto empeño habia solicitado para la hora de su muerte.

Luis de Leon fué poeta, teólogo y filósofo. Sus contemporáneos le estimaron como teólogo: la posteridad le ha enaltecido como poeta; y hoy, mejor apreciado, es conocido tambien como filósofo. Pero en Fr. Luis la transicion del teólogo al poeta, y del poeta al filósofo, es casi imperceptible. Ayúdase con un fino criterio humano en la exposicion de los libros sagrados; y cuando razona, aun en asuntos meramente abstractos, lo hace en cierta forma dramática, poética y delicada. En esa forma estan escritos sus *Nombres de Cristo*, su obra mas fundamental. Todos sus escritos llevan el sello de una tristeza poética, propia de su génio y de su inclinacion al misticismo. Nada por otra parte mas propio del carácter español, de suyo entusiasta, ardiente, sombrío y profundamente religioso.

España no ha tenido nunca una filosofía nacional, en el sentido rígido de esta palabra; y aun puede sin temor afirmarse que nunca la tendrá. Y no es porque hayan faltado á nuestra patria talentos verdaderamente pensadores; sino porque las tendencias de nuestro carácter, fuertemente excitadas por la educacion y por las tradiciones históricas, son mas propias para estimular la imaginacion que para elevar la razon. Raza impresionable la nuestra, lleva en sus venas sangre meridional, vive bajo un cielo siempre brillante, en medio de una naturaleza exuberante y bajo un sol abrasador; y por último su historia es una epopeya nunca interrumpida. Con tales condiciones no debe estrañarse que la filosofía haya hecho pocos progresos entre nosotros, y que las bellas artes por el contrario hayan recibido un culto continuado en todos los siglos. Dotado el pueblo español de un sentimiento vivamente estético, descubre la belleza donde quiera que se encuentre, y se apasiona de ella. La religion misma no es otra cosa que un manantial inagotable de bellezas para el pueblo español, que preocupándose muy poco del sentido misterioso del dogma, se siente profundamente impresionado por las bellezas de la moral evangélica, la magnificencia del culto y la sublime grandeza de los misterios. Por eso ni hizo ni hará nunca en España grandes prosélitos la Reforma, religion mas propia de las razas germánicas, frias, meditabundas, pensadoras, y dadas de suyo á la metafísica y al idealismo.

En España, pues, son tan raros los filósofos, como abundantes han sido en todos tiempos los artistas, los poetas y los músicos. Hoy mismo, podrán ser varias las naciones que van delante de España en la marcha de la civilizacion, pero pocas ó ninguna la preceden en el camino de las artes. Y si en los certámenes que de tiempo en tiempo celebra la Europa, se conforma nuestro país con un lugar harto humilde, sabe tambien disputar á la misma Italia los primeros premios en las artes, y ganárselos á la Francia y á la Alemania.

En dos obras nos ha dejado principalmente Fr. Luis de Leon sus convicciones en materia filosófica: en los comentarios al *Libro de Job* y en los *Nombres de Cristo*. Los co-

mentarios desenvuelven una teoría completa de filosofía moral, y con ocasion de los *Nombres de Cristo* espone su autor algunas teorías en materia metafísica. Ambas obras, sin ser en manera alguna tratados verdaderos de filosofía, abordan resueltamente los mas pavorosos problemas de esta ciencia: la caída y la redención, la Providencia y el libre arbitrio, el bien y el mal, Cristo y su doble naturaleza, resolviéndolos todos con un criterio religioso-filosófico. El gran principio que domina en estos escritos de Fr. Luis de Leon, no es otro mas que la reconciliación de la fé y la razón, que la Reforma habia divorciado: fin á cuyo logro habia consagrado Fr. Luis todas las fuerzas de su inteligencia: problema que hoy se levanta mas amenazador que nunca en nuestras sociedades.

En asuntos metafísicos nuestro Agustino, que habia estudiado á Platon, se muestra partidario de sus teorías en cuanto al lenguaje, á las palabras, á las ideas y á la inteligencia. Por las doctrinas del filósofo griego resuelve las relaciones del mundo esterno con el interno, de los objetos reales con los conocimientos. Pero el escritor cristiano, asistido siempre de su fé religiosa, si pretende explicar los fenómenos ontológicos por una teoría, jamás incurre en pantheismo ni da ocasion á él, que es el precipicio por donde suelen despeñarse los sistemas espiritualistas. Advertido del peligro, retrocede inmediatamente desde el punto en que su razón, marchando por el camino de la teoría platónica, toca en los límites del pantheismo.

El punto de partida de sus razonamientos es el mismo que el de los filósofos griegos, el mismo que proclama la filosofía moderna: el conocimiento de sí mismo, la naturaleza racional del hombre. Pero Luis de Leon, que sabe el punto de partida, sabe tambien el punto de arribada, Dios, en lo cual se distingue su filosofía de todas las filosofías antiguas y modernas, que partiendo todas de un mismo punto, se separan á los pocos pasos y marchan en direcciones distintas. Así Fr. Luis, consecuente con su profunda fé religiosa, justifica la necesidad de esa misma fé en la exploración de los dominios de la ciencia, para impedir que estraviada la razón, marche sin brújula ni piloto por mares

desconocidos, y arribe sin quererlo ni comprenderlo tambien á puertos erizados de peligros.

Como su sistema tiene un principio y un fin, el hombre y Dios, la criatura racional y el Bien Supremo, no necesita como los racionalistas buscar un Dios en la razon, ni como los pantheistas en el mundo, ni como los socialistas en el Estado, ni como los materialistas en el placer. Las doctrinas de Luis de Leon, bien comprendidas, hubieran hecho imposibles á Ficht, Hobbes, Schelling, Hegel y Bentham. El perfeccionamiento indefinido del hombre, ley de progreso, entraba ya en las doctrinas del doctor Salmantino; pero adelantándose á los racionalistas, y sin incurrir en su dolorosa vaguedad, levantaba un modelo enfrente del principio. Dios, Jesucristo, en la hermosa doctrina de aquel Maestro, es el modelo á cuya imágen ha sido formado el hombre, y cuyas perfecciones tiene por mision providencial que copiar en la tierra.

No es menos bella su filosofia moral, fundada en la doctrina católica. El comentario al *Libro de Job* la contiene. Se comprende el secreto placer que Luis de Leon debió sentir, comentando desde las prisiones del Santo Oficio, el drama poético del justo de Israel. ¡Habia tantos puntos de analogía entre su situacion y la situacion de aquel desdichado Israelita! Luis de Leon habia sido feliz en la tierra como Job, y como Job habia sufrido inmerecidamente los rigores de la suerte, viéndose como él precipitado en los abismos de la miseria, del sufrimiento y del desamparo. Luis de Leon, como Job, habia registrado todas las horas de su existencia, sin encontrar en ella un momento de pecado. Temeroso de Dios, creyente en su palabra y sencillo de corazon, le habia confesado en todos los momentos de su vida y habia observado su ley; y sin embargo, Dios le habia herido cruelmente, arrojándole como réprobo cubierto con la lepra de la calumnia en aquel estercolero que se llamaba cárcel de la Inquisicion. Luis de Leon no podia menos de ver en sus jueces á aquellos fariseos de que hablaba Job, tan orgullosos con su posicion oficial: en sus detractores á aquellos Patriarcas de la Idumea, tan faltos de ciencia como hinchados de vanidad; y en los amigos que iban á insultar el dolor de

Job, á aquellos testigos de su proceso, falsos amigos que insultaban su desgracia, atribuyéndole calumniosamente intenciones y palabras que nunca pronunció. Al descifrar el destino de Job, Luis de Leon en realidad descifraba su propio destino; y no es de estrañar por lo mismo que se ocupara con tanto placer en comentar aquel soberbio libro de la Biblia.

La importancia que el drama biblico encierra en su misterioso sentido, no podia ocultarse al claro talento del doctor Salmantino. En el libro de Job la ley mosaica espone á la consideracion de los hombres el problema terrible de la Providencia y los destinos del hombre, el mas grande de todos los problemas humanos, que todas las religiones y todas las filosofias han planteado, y que cada edad reproduce en una ó en otra forma. Luis de Leon no lo desconocia; y al penetrar con su vista en los misterios profundos de ese abismo sin fondo, donde tantos grandes pensadores han sentido vértigos, ni temió ni se estravió un momento.

No maldijo como Job el día de su nacimiento, ni como Bruto renegó de la virtud. No blasfemó como el Prometeo de la fábula, ni como el Fausto de Goete preconizó el placer. La duda no llegó á penetrar jamás en aquella alma creyente; y si el dolor arrancó alguna vez de sus labios un quejido, jamás consiguió abatir su fé religiosa. Luis de Leon comentando á Job, concluye proclamando que el sufrimiento del justo es una prueba y no un castigo, que el dolor es una ley de nuestra naturaleza, que nos hace mejores y mas dignos de nuestro destino; y en este sentido bendice á la Providencia que ha creado al hombre por amor y que le hace atravesar los desiertos del mal para conducirle al paraiso del bien. ¡Hermosa doctrina á que nunca llegaron los filósofos griegos, ni han sido capaces de llegar jamás los filósofos modernos!

Ella nos enseña á mirar la vida como una peregrinacion sobre la tierra, mostrando al viajero fatigado los horizontes de una inmortalidad que llevan á las almas atribuladas el consuelo mas sublime de los consuelos: la esperanza de una vida eterna, y la seguridad de que solo al otro lado de la tumba se consolida la alianza entre la felicidad y la virtud.

Job es la personificación de esa doctrina: Job restituido á la gracia de Dios, por haber reconocido y confesado su justicia, es la hermosa figura del justo que olvida sus sufrimientos entre la nueva felicidad que disfruta.

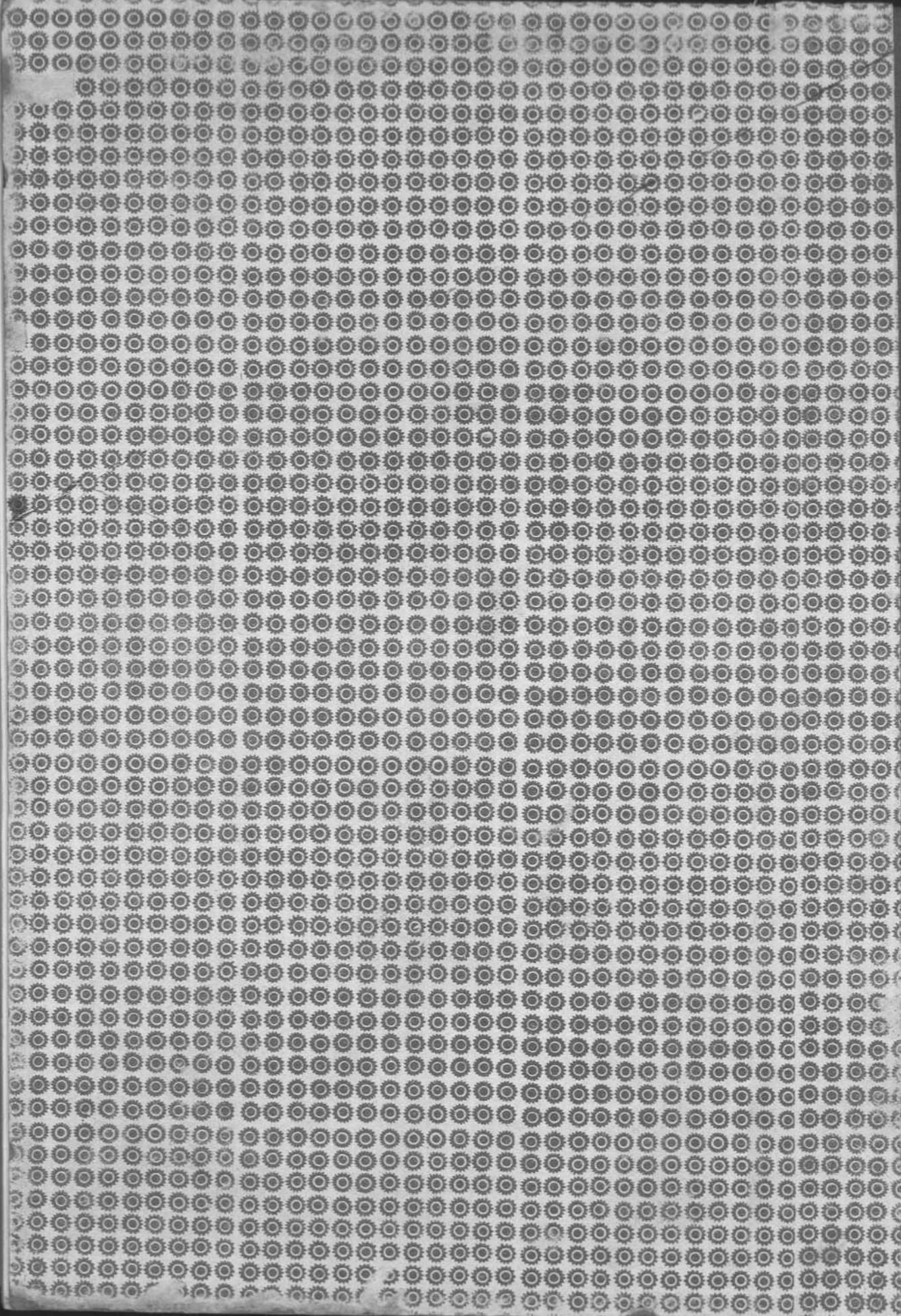
He terminado mi tarea. Me propuse dar á conocer á Fray Luis de Leon en su carácter personal y en sus creencias filosóficas; y creo haber conseguido mi intento en los breves y mal delineados rasgos que dejo trazados. Por ellos se demuestra que es una gloria nacional, como Santa Teresa, Fray Luis de Granada y Malon de Chaide, á cuya escuela pertenecía; pero se demuestra tambien que es una gloria Salmantina, porque en Salamanca profesó y vivió casi toda su vida, en la Universidad Salmantina formó su inteligencia, y aquí por fin nacieron aquellas rivalidades á que debió las persecuciones que depuraron su alma y engrandecieron su talento. Dios en su profunda sabiduría saca del mal el bien. Luis de Leon, sin el proceso que le sepultó en la Inquisición por espacio de cinco años, ni habria escrito sus mejores obras, ni hubiese vuelto al mundo con la corona esplendorosa del martirio, que tan interesante le hace á nuestros ojos. Su nombre se habria perdido entre el vulgo de los sabios que por aquellos tiempos ilustraban á la Academia; y ahora es un título de justo orgullo para nosotros. Razon tenia, pues, para adorar la sabiduría de quien, por amor al hombre mismo, le condena á pasar por el mal, que es el dolor, para concederle el bien, que es la felicidad. Esa es precisamente la esencia de la virtud. que nadie como el ilustre Agustino supo enaltecer y sublimar. La posteridad le debia una estatua: ha pagado su deuda; y al pagarla parece como que se ha descargado de un peso. De hoy mas todas las generaciones tendran en esa bella estatua, debida al cincel del jóven escultor D. Nicasio Sevilla, un recuerdo vivo de la ciencia y virtudes de aquel esclarecido Maestro. De hoy mas sus perdidas cenizas descansarán en ese bellísimo sepulcro colocado por nuestro amor en la capilla de San Gerónimo; y ningun extranjero podrá echarnos en cara nuestra ingratitud y nuestro olvido. ¡Llor á las dignas personas que han llevado á ejecucion tan noble empresa!—HE DICHO.

X641038703

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA



6403413015



81.399